

aparecer tanto mas grande, cuanto mas rebajaba á los otros. Envidioso de sus generales, les acusaba de sus propias faltas, porque él jamás habia podido cometerlas. Despues del desastre de Ramillies, no habria dicho como Luis XIV al mariscal de Villeroy: — «Señor mariscal, á nuestra edad ya no es uno afortunado.» ¡Interesante magnanimidad que ignoraba Napoleon! El siglo de Luis XIV estaba hecho para Luis el Grande, y Bonaparte hizo el suyo.

La historia del emperador, trocada por tradiciones falsas, tambien será falseada por el estado de la sociedad en la época imperial. Toda revolucion escrita en presencia de la libertad de la prensa, puede dejar que la vista penetre hasta los hechos, porque cada cual los refiere como los ha visto: el reinado de Cromwell es conocido, porque se decia al protector lo que se pensaba de sus actos y de su persona. En Francia aun bajo la república, á pesar de la inexorable censura del verdugo, la verdad traspiraba, la faccion triunfante no era siempre la misma, que tambien sucumbia, y entonces la vencedora os enseñaba lo que os ocultaba la anterior: habia libertad de un cadalso á otro, entre dos cabezas cortadas. Pero cuando Bonaparte se apoderó del poder; cuando el pensamiento fue embaljado; cuando solo se oyó la voz de un despotismo que no hablaba sino para elogiarse y que no permitia hablar de otra cosa mas que de él, la verdad desapareció.

Las piezas que se llaman á sí propias auténticas de este tiempo están corrompidas; nada se publicaba, ni libros, ni periódicos, sino por orden del amo: Bonaparte corregia los artículos de *El Monitor*, y los prefectos remitían de los diversos departamentos las congratulaciones y felicitaciones tales como las autoridades de París las habian dictado y transmitido; tales como expresaban una opinion pública convenida, enteramente diversa de la opinion real. ¡Escribid la historia conforme á tales documentos! En prueba de vuestros imparciales estudios, cotejad los auténticos, y solo encontrareis una mentira en apoyo de otra.

Si pudiera ponerse en duda esta impostura universal; si hombres que no han visto los dias del imperio se obstinasen en tener por sincero lo que hallasen en los documentos impresos ó lo que desenterrasen de ciertos legajos de los ministerios, bastaria apelar á un testimonio irrecusable, al senado *conservador*: en el decreto que he citado mas arriba habeis visto sus propias palabras: — «Considerando que la libertad de la prensa ha estado constantemente sometida á la censura arbitraria de su policia, y que al mismo tiempo siempre se ha servido de la prensa para llenar la Francia y la Europa de hechos disputados y máximas falsas; que *actas y dictámenes* oídos por el senado han sufrido alteraciones en la publicacion que de ellos se ha hecho, etc.» ¿Hay algo que responder á esta declaracion?

La vida de Bonaparte es una verdad incontestable, que la impostura se habia encargado de escribir.

#### CARACTER DE BONAPARTE.

Un orgullo monstruoso y una afectacion incesante formaban el carácter de Napoleon. En el tiempo de su dominacion, ¿qué necesidad tenia de exagerar su estatura, cuando el Dios de los ejércitos le habia suministrado ese carro cuyas *ruedas están vivas*?

Tenia sangre italiana, y su naturaleza era compleja; los grandes hombres, familia muy reducida sobre la tierra, no encuentran desgraciadamente mas que á sí mismos para imitarse. A la vez modelo y copia, personaje real y actor representando este personaje, Napoleon era su propio mismo: él no se hubiera creído un héroe á no haberse disfrazado con los vestidos de ese héroe. Esta extraña debilidad dió á sus sorprendentes realidades alguna cosa de falso y de equivoico: té-

mese tomar al rey de los reyes por Roscio ó á Roscio por el rey de los reyes.

Las cualidades de Napoleon están tan adulteradas en las *Gacetas*, versos, folletos y hasta en las canciones del imperialismo, que no es posible reconocerlas. Todo lo que se ha prestado de interesante á Bonaparte son hablurías que desmienten las acciones de su vida.

La *Grand-mere* de mi ilustre amigo Beranger, no es mas que un admirable Pont-Neuf. Bonaparte no tenia nada de amable, pues, dominacion personificada como era, tenia un aspecto seco, cuya frialdad servia de antídoto á su imaginacion ardiente; él no encontraba jamás en sí una palabra, sino un hecho dispuesto siempre á irritarse de la mas pequeña independencia: una mosca que volase sin orden suya, era á sus ojos un insecto rebelado. Y no era todo el mentir á los oídos; era preciso mentir á los ojos. Aquí, en un grabado, se ve á Bonaparte que se descubre ante los heridos austriacos; allá toca Napoleon á los apestados de Jaffa, y jamás se acercó á ellos, y en otro atraviesa el San Bernardo sobre un caballo fogoso, y en medio de torbellinos de nieve, y hacia el tiempo mas hermoso del mundo.

¿No se quiere transformar hoy al emperador en un romano de los primeros dias del Monte Aventino, en un misionero de libertad, en un ciudadano que no institua la esclavitud sino por amor á la virtud contraria? Juzgad por estos dos rasgos del gran fundador de la igualdad. Ordenó invalidar el matrimonio de su hermano Gerónimo con la señorita Paterson, porque el hermano de Napoleon no podia aliarse sino con sangre de príncipes; mas tarde, á su vuelta de Elba, reviste la nueva constitucion *democrática* con una cámara de *pares* y la corona con el *acta adicional*.

Que Bonaparte, continuador de los triunfos de la república, sembrase por todas partes principios de independencia; que sus victorias ayudasen á la relacion de los lazos entre los pueblos y los reyes, y arrancasen estos pueblos al poder de las viejas costumbres y de las antiguas ideas; que en este sentido haya contribuido á la libertad social, son cosas que no pretendo poner en duda; pero que de propia voluntad haya trabajado á ciencia cierta en la independencia política y civil de las naciones; que haya establecido el despotismo mas estrecho en la idea de dar á la Europa, y particularmente á la Francia, la constitucion mas lata; que no haya sido mas que un tribuno disfrazado de tirano, estas son suposiciones que me es imposible adoptar.

Bonaparte, como la raza de los príncipes, solo ha querido y buscado el poder, llegando á él, sin embargo, al través de la libertad. La revolucion, que era la nodriza de Bonaparte, no tardó en presentársele como una enemiga: el emperador, por lo demás, conocia muy bien el mal, cuando el mal no venia directamente del emperador, porque no estaba desprovisto de sentido moral. El sofisma, establecido hoy sobre el amor de Bonaparte á la libertad, no prueba mas que una cosa: el abuso que se puede hacer de la razon, y que hoy se presta á todo. ¿No se dice hoy que el terror fue un tiempo de humanidad? En efecto, ¿no se pedía la abolicion de la pena de muerte cuando á tanta gente se mataba? ¿Los grandes civilizadores, como se les llama, no han inmolado siempre hombres, y no es por esto por lo que se *prueba* que Robespierre era el continuador de Jesucristo?

El emperador se ocupaba de todas cosas, y jamás descansaba su inteligencia, pues tenia una especie de agitacion perpetua de ideas. En la impetuosidad de su naturaleza, en vez de llevar un paso franco y continuo, avanzaba dando saltos sobre el universo, y nada queria de este, si habia de verse obligado á esperar-lo. Ser incomprendible, que encontraba el secreto de rebajar sus mas culminantes acciones, desdeñando-

las, y de alzar hasta su altura sus actos menos elevados. Impaciente de voluntad, paciente de carácter, incompleto y como inacabado, Napoleon tenia vacíos en su genio: su entendimiento se parecia al cielo de ese otro hemisferio, bajo el cual debia ir á morir, á ese cielo, cuyas estrellas están separadas por espacios vacíos.

Pregúntase por qué prestigio Bonaparte, tan aristócrata y enemigo del pueblo; pudo llegar á la popularidad de que gozó; porque, ciertamente, este fabricante de yugos ha permanecido popular en un país cuya pretension ha sido levantar altares á la independencia y á la igualdad: hé aquí la solucion del enigma.

Una experiencia diaria hace reconocer que los franceses se inclinan instintivamente al poder; no aman la libertad, y solo la igualdad es su idolo; pero la igualdad y el despotismo tienen alianzas secretas. Bajo estos dos aspectos, Napoleon tenia su origen en el corazon de los franceses, militarmente inclinados al poder, democráticamente adictos á la igualdad. Subido al trono, allí hizo sentarse al pueblo con él; rey proletario, humilló á los reyes y á los nobles en las antesalas, y niveló las clases, no rebajándolas, sino elevándolas. Otra causa de la popularidad de Bonaparte está en la afliccion de sus últimos dias. Despues de su muerte, y á medida que se conoció mejor lo que habia sufrido en Santa Elena, comenzaron á enternecerse, y se olvidó su tiranía para acordarse de que despues de haber vencido á nuestros enemigos y en seguida haberlos traído á Francia, nos defendió contra ellos; su fama provino de su infortunio, su gloria se aprovechó de su desgracia.

En fin, los milagros de sus armas han encantado á la juventud, enseñándonos á adorar la fuerza brutal. Su inaudita fortuna ha dejado á cada ambicion la esperanza de llegar á donde él habia llegado.

Y sin embargo, este hombre, tan popular por el nivel que habia tendido sobre la Francia, era el enemigo mortal de la igualdad y el mas grande organizador de la aristocracia en la democracia.

Yo no puedo convenir en los falsos elogios con que se insulta á Bonaparte queriendo justificar su conducta; yo no puedo renunciar á mi razon, ni extasiarme ante lo que me causa lástima ú horror.

Si he conseguido expresar lo que he sentido, será mi retrato una de las primeras figuras de la historia; pero nada he adoptado de esa criatura fantástica compuesta de mentiras; mientras que yo he visto nacer, y que, tenidas al principio por lo que eran, han pasado con el tiempo al estado de verdad por la infatuacion y la imbécil credulidad humana. Yo gusto de pintar los personajes en conciencia, sin quitarles lo que tienen, sin darles lo que no tienen.

Tal es el embarazo que causa al escritor imparcial una brillante fama: él la separa cuanto puede á fin de ponerla en descubierto, pero viene la gloria como un vapor radiante, y cubre al instante el cuadro.

#### SI BONAPARTE NOS HA DEJADO EN FAMA LO QUE NOS HA QUITADO EN FUERZA.

Por no confesar la aminoracion de territorio y de poder que debemos á Bonaparte, la generacion actual se consuela figurándose que lo que nos ha quitado en fuerza nos lo ha devuelto en ilustracion: — «¿No somos ahora, dice, famosos en los cuatro ángulos de la tierra? ¿Un francés, no es temido, conocido y buscado en todas partes?»

¿Pero estamos colocados entre estas dos condiciones, ó la inmortalidad sin poder, ó el poder sin inmortalidad? Alejandro hizo conocer al universo el nombre de los griegos: la lengua y la civilizacion de los helenos se extendió del Nilo á Babilonia, y de Babilonia al Indo, y á su muerte, su reino patrimonial

de Macedonia, lejos de estar disminuido, habia multiplicado su fuerza. Bonaparte nos ha hecho conocer en todas las riberas, mandados por él, los franceses derribaron tanto la Europa á sus piés, que la Francia prevalece aun por su nombre, y el arco de la Estrella puede alzarse sin parecer un pueril trofeo; pero antes de nuestros reveses, este monumento hubiera sido un testigo, en vez de no ser mas que una crónica. ¿Acaso Dumouriez no habia dado al extranjero las primeras lecciones, Jourdan ganado la batalla de Fleurus, Pichegru conquistado la Bélgica y la Holanda, Hoche pasado el Rhin, Massena triunfado en Zurich, Moreau en Hohenlinden, empresas todas las mas difíciles de obtener, y que preparaban las otras? Bonaparte ha dado un cuerpo á estos triunfos esparcidos, los ha continuado y los ha hecho brillar; pero sin estas primeras maravillas, ¿hubiera obtenido las últimas?

La ilustracion de nuestro soberano no nos ha costado mas que doscientos ó trescientos mil hombres al año, y solo le hemos pagado tres millones de nuestros soldados. ¿Valen ser contadas estas bagatelas? ¿No están resplandecientes las generaciones que han venido despues? ¿Tanto peor para aquellos que han desaparecido! Las calamidades en tiempo de la república sirvieron para la salvacion de todos: nuestras desgracias en tiempo del imperio han hecho mas; ¡edificaron á Bonaparte! Esto nos basta.

Pero no me basta á mí, ni me rebajaré hasta ocultar mi nacion detrás de Bonaparte: él no ha hecho la Francia; la Francia le ha hecho á él. Ningun talento, ninguna superioridad me llevará jamás á consentir en el poder que puede con una palabra privarme de mi independencia, de mis hogares y de mis amigos: si no digo de mi fortuna y de mi honor, es porque la fortuna no me parece valer la pena de que se la defienda, y en cuanto al honor, este se escapa de la tiranía, pues, como el alma de los mártires, los lazos lo rodean, pero no lo aprisionan.

El mal que la verdadera filosofía no perdonará jamás á Bonaparte, es haber acomodado la sociedad á la obediencia pasiva, rechazado la humanidad hácia los tiempos de degradacion moral, y tal vez bastardeado los caracteres de manera que sea imposible decir cuándo comenzarán á palpar los corazones con sentimientos generosos. La debilidad en que estamos sumidos con respecto á nosotros mismos y con respecto á la Europa, y nuestro decaimiento actual, son la consecuencia de la esclavitud napoleónica: nada me sorprenderia si se nos viese en el malestar de nuestra impotencia parapetarnos contra la Europa en vez de salir á buscarla, soltar nuestras franquicias en lo interior para librarnos en lo exterior de un terror quimérico, y extraviarnos en inobles previsiones contrarias á nuestro genio y á los catorce siglos de que se componen nuestras costumbres nacionales.

El despotismo que Bonaparte ha dejado en el aire, bajará sobre nosotros convertido en fortalezas.

Hoy es moda acoger la libertad con risa sardónica y mirarla como antigualla caída en desuso con el honor. Yo no estoy á la moda, y pienso que sin la libertad no hay nada en el mundo: aunque deba ser el último en defenderla, nunca dejaré de proclamar sus derechos.

Asaltar á Napoleon en nombre de cosas pasadas, atacarlo con ideas muertas, es prepararle nuevos triunfos. Solo puede combatirle con alguna cosa mas grande que él: con la libertad; él se ha hecho culpable para con ella, y por consecuencia para con el género humano.

#### INUTILIDAD DE LAS VERDADES ARRIBA EXPUESTAS.

¡Vanas palabras! Mejor que nadie conozco su inutilidad. Ahora toda observacion, por moderada que

sea, es reputada como profanadora: se necesita valor para desafiar los gritos del vulgo, para no temer hacerse tratar de inteligencia limitada, incapaz de comprender y de sentir el genio de Napoleón, por el único motivo de que en medio de la admiración viva y verdadera que se profesa hacia él, no se puede, sin embargo, incensar todas sus imperfecciones. El mundo pertenece á Bonaparte; lo que el destructor no había podido concluir de conquistar, su fama lo usurpa: vivo, le ha faltado el mundo; muerto, lo posee. Mal haceis en reclamar, pues las generaciones pasan sin escucharos. La antigüedad hace decir á la sombra del hijo de Priamo: «No juzgues á Hector según su miserable tumba: la Iliada, Homero, los griegos en fuga: hé aquí mi sepulcro: yo estoy enterrado bajo todas estas grandes acciones.»

Bonaparte no es ya el verdadero Bonaparte, sino una figura de leyenda compuesta de las fantasías del poeta, de las veladas del soldado y de los cuentos del pueblo; es el Carlomagno y el Alejandro de las épocas de la edad media que hoy vemos. Este héroe fantástico permanecerá, siendo un personaje real, y desaparecerán los otros retratos. Bonaparte pertenecía tanto á la dominación absoluta, que después de haber sufrido el despotismo de su persona, nos hace sufrir ahora el despotismo de su memoria. Este último despotismo es más dominador que el primero, porque si se combatió algunas veces á Napoleón cuando estaba sobre el trono, hay un consentimiento universal en aceptar los hierros que nos dejó por su muerte. El es un obstáculo á los triunfos futuros: ¿cómo un poder salido de los campamentos podría establecerse á su lado? ¿No ha dado muerte, á toda gloria militar sobrepujándola? ¿Cómo podrá nacer un gobierno libre, cuando ha corrompido en todos los corazones el principio de toda libertad? Ningun poder legítimo puede ya arrojar del espíritu del hombre el espectro usurpador: el soldado y el ciudadano, el republicano y el monárquico, el rico y el pobre, colocan igualmente los bustos y los retratos de Napoleón en sus hogares, en sus palacios ó en sus cabañas: los antiguos vencidos están de acuerdo con los antiguos vencedores; no puede darse un paso en Italia sin que se le encuentre, ni puede penetrarse en Italia sin que se le vea; porque en este país la generación jóven que le rechazó ha pasado ya. Los siglos se sientan ordinariamente ante el retrato de un grande hombre, y le concluyen por un trabajo largo y sucesivo. El género humano no ha querido esperar esta vez; pero ya es tiempo de colocar la parte defectuosa del ídolo en frente de la acabada.

Bonaparte no es grande por sus palabras, ni por sus discursos, ni por sus escritos, ni por su amor á las libertades, que jamás tuvo ni jamás intentó establecer: es grande por haber creado un gobierno regular y poderoso, un código de leyes adoptado en diversos países, tribunales de justicia, escuelas, una administración fuerte, activa, inteligente y sobre la cual aun vivimos; es grande por haber resucitado, ilustrado y conducido superiormente la Italia; es grande por haber hecho renacer en Francia el orden del seno del caos, por haber reedificado los altares, por haber reducido al orden á furiosos demagogos, á orgullosos sabios, á volterrianos ateos, á oradores de plaza, á asesinos de cárceles y de calles, á clubs de cadalsos; es grande por haber encadenado una turba anárquica, y por haber forzado á soldados iguales suyos y á capitanes que eran sus gefes ó sus rivales, á doblegarse á su voluntad; y sobre todo por haber nacido de sí propio; por haber sabido hacerse obedecer de treinta y seis millones de súbditos en época en que ningún prestigio rodeaba los tronos; por haber deshecho todos los ejércitos, cualquiera que fuese la diferencia de su fortuna y de su valor; por haber enseñado su nombre á los pueblos salvajes como á los

pueblos civilizados; por haber sobrepujado á todos los vencedores que le precedieron, y por haber llenado diez años con tales prodigios, que apenas hoy se pueden comprender.

El famoso delincuente en materia triunfal ya no existe; los pocos hombres que todavía comprenden los sentimientos nobles pueden rendir homenaje á la gloria sin temerla; pero sin arrepentirse de haber proclamado lo que esta gloria tuvo de funesta, sin reconocer al destructor de las independencias por el padre de las emancipaciones. Napoleón no tiene ninguna necesidad de que se le presten méritos, pues fue bastante dotado de ellos al nacer.

Vamos ahora á verle morir: ¡dejemos la Europa; sigámosle bajo el cielo de su apoteosis! El estremecimiento de los mares nos indicará el lugar de su desaparición: «En la extremidad de nuestro hemisferio se oye, dice Tácito, el ruido que hace el sol al sumergirse; *sonum insuper immergentis audiri.*»

#### ISLA DE SANTA ELENA.—BONAPARTE ATRAVIESA EL ATLÁNTICO.

Juan de Noya, navegante portugués, había perdido el rumbo en las aguas que separan el África de la América en su viaje de 1502: el 18 de agosto, día de Santa Elena, madre del primer emperador cristiano, encontró una isla á los 16 grados de latitud y á los 11 de longitud meridional, desembarcó en ella, y le dió el nombre de la santa, en cuyo día la había descubierto.

Los portugueses frecuentaron aquella isla durante algunos años, pero se cansaron de sus pocos recursos; establecieron en ella los holandeses, quienes la abandonaron también por el cabo de Buena-Esperanza, dejando su posesión á la compañía inglesa de las Indias; volvieron los holandeses á tomarla en 1672, y por último, ocupáronla otra vez los ingleses, y se fijaron definitivamente en sus bosques.

Cuando Juan de Noya arribó á Santa Elena, el interior del país no era más que un desierto. Fernando Lopez, renegado portugués, que fue deportado á la isla, la pobló de vacas, cabras, gallinas y otras aves de las cuatro partes del mundo, introduciendo en ella como Noé en su arca, animales de todas las especies que produce la tierra.

Quinientos blancos, mil quinientos negros y mulatos, javaneses y chinos componen la población de Santa Elena, cuyo puerto y ciudad principal es Jamestown, adonde arribaban de vuelta de las Indias los convoyes de la compañía, antes que los ingleses se hiciesen dueños del cabo de Buena-Esperanza. Los marineros extendían el contenido de sus pacotillas al pie y á la sombra de las palmeras, y un bosque inmenso, mudo y solitario se convertía, una vez al año, en una feria animada, lucrativa y bulliciosa.

El clima de la isla es sano, aunque lluvioso, pues aquel escollo de Neptuno, cuya circunferencia solo tiene de siete á ocho leguas, aspira sin cesar los húmedos vapores del Océano. El sol del Ecuador abrasa en las altas horas del día todo cuanto allí respira, obliga al silencio y al reposo hasta á los mosquitos, y hace que los hombres y los animales se oculten de sus inflamados rayos para no sofocarse. Las olas se iluminan durante la noche con los reflejos de la *lux marina*, producida por inmensas cohortes de insectos, cuyos amores, electrizados por las tempestades, aparecen en la superficie engañosa del abismo los resplandores y el brillo de una boda universal. La sombra de la isla, fija y oscura, se destaca entonces en medio de aquella inquieta llanura sembrada de diamantes. No es menos magnífico el espectáculo que presenta la bóveda celeste, según la expresión de mi sabio y célebre amigo Mr. de Humboldt en sus *Viajes á las regiones equinociales*. «Se experimenta,

dice, no sé que sentimiento desconocido cuando al aproximarse al Ecuador, y particularmente en el paso de un hemisferio á otro, se vé cómo bajan progresivamente y al fin desaparecen las estrellas que conocemos desde nuestra infancia. Se echa de ver que hemos salido de Europa al notar que se eleva en el horizonte la inmensa constelación del *Navio*, ó las fosforescentes nubes del *Magallan*.

«Hasta la noche del 4 al 5 de julio, prosigue diciendo, no pudimos ver claramente en el primer viaje la *crux del Sur*, hallándonos en la latitud de 16 grados.

«Entonces me acordé de aquel sublime trozo de Dante, que los más célebres comentadores han aplicado á esta constelación:

Io mi volsi a man destra etc.

«Los españoles y portugueses conservan una especie de culto á esa estrella, cuya figura les trae á la memoria el signo de la fe, que llevaron sus antepasados á las más apartadas regiones del nuevo mundo.»

Los poetas de Francia y de la antigua Lusitania han colocado mil ficciones elegíacas en las orillas del Melindo y de las islas que lo rodean, ¡pero cuánto distan esos dolores poéticos de los tormentos reales de Napoleón, bajo aquellos astros predichos por el cantor de Beatriz, y en aquellos mares de Eleonora y de Virginia! ¿Acordábanse por ventura los patricios de Roma, deportados á las islas de la Grecia, de los encantos de sus ríos y de las divinidades de Creta y de Naxos? Lo que extasiaba á Vasco de Gama y á Camoens no podía conmover á Bonaparte: reconstado en la popa del navio no se cuidaba de que encima de su cabeza brillaban constelaciones desconocidas, cuyos resplandores se cruzaban por la primera vez con sus miradas. ¿Qué le importaban aquellos astros que nunca había observado desde sus tiendas de campaña, ni habían iluminado su imperio? Y sin embargo, ninguna estrella ha faltado á su destino, pues la mitad del firmamento iluminó su cuna, y la otra quedó en reserva para asistir á la pompa de su sepulcro.

Las aguas que atravesaba Napoleón no eran aquellas que le condujeran de las playas de Córcega, de los arenales de Abouquir, de las rocas de la isla de Elba, á la ribera amiga de Provenza; era el enemigo Océano, que después de haberle encerrado en Alemania, Francia, Portugal y España, solo se abría en su camino para volverse á cerrar después de su paso. Es probable que al contemplar la marcha del navio impulsado por las olas y por la fuerza del viento no acudiesen á su mente, respecto á su propia catástrofe, las reflexiones que ella le inspira, porque todos los hombres examinan su vida de distinto modo, y aquel que ofrece al mundo un grande espectáculo de felicidad ó desventura, queda al fin menos aleccionado que los testigos de su poder ó de su miseria. Ocupándose de la pasada grandeza, como si esta pudiese volver á halagarle, esperando todavía en sus recuerdos, apenas se apercibió Bonaparte de que atravesaba la línea equinoccial, y no preguntó qué mano había trazado aquellos círculos, en que los diferentes globos se ven precisados á girar eternamente.

El 15 de agosto celebró la colonia errante el día de San Napoleón á bordo del navio que iba á dejar al emperador en su última morada, y el 15 de octubre se hallaba el *Northumberland* á la altura de Santa Elena. El pasajero subió al puente, y divisó con trabajo un punto negro apenas perceptible en aquella azulada inmensidad; echó mano al antejo y observó aquel pedazo de tierra, como hubiera observado en otro tiempo una fortaleza en un lago; vió por fin distintamente el solitario presidio de Saint-James encajonado entre

dos escapadas rocas y cubierto de artillería por todas partes, como si tratase de recibir al gran cautivo, según el espíritu guerrero que este había desplegado durante su vida.

El 16 de octubre de 1815 entró Bonaparte en el escollo que debía servirle de mausoleo, así como el 12 de octubre de 1492 llegó Cristóbal Colón al nuevo mundo, que fue el monumento de su gloria. «Allí, dice Walter Scott, en la entrada del Océano indio, estaba privado Bonaparte de los medios de llevar á efecto un segundo *avutar* ó encarnación en la tierra.»

#### NAPOLEON DESEMBARCA EN SANTA ELENA.—SE ESTABLECE EN LONGWOOD.—SU VIDA EN ESTA RESIDENCIA.

Antes de establecerse en Longwood ocupó Bonaparte una casa en *Briars*, cerca de *Balcomb's cottage*: por fin se hicieron en el primer punto las reparaciones precisas por los carpinteros de la escuadra inglesa, y el 9 de diciembre pasó á ocuparlo su huésped. La casa, situada en una eminencia formada por montañas, se componía de una sala, comedor, biblioteca, gabinete de estudio y dormitorio. Poco era esto, á la verdad, aunque los que habitaron la torre del Temple y el torreón de Vincennes se hallaban peor alojados: al menos obtuvieron la gracia de que se abreviase su cautividad. El general Gourgaud, el conde de Montholon con su esposa y sus hijos, monseñor de las Casas con el suyo, se acampanaron provisionalmente en tiendas: el mariscal Bertrand y su señora se establecieron en *Hut's gate*, especie de cabaña en los límites del terreno de Longwood.

Bonaparte podía pasearse por una extensión de doce millas: este espacio estaba siempre guardado por centinelas, y también se habían colocado vigías en todas las alturas. El león era dueño de llevar más adelante sus incursiones por el terreno; pero en este caso tenía que resignarse á que le acompañase un vigilante inglés. Dos puestos de guardias defendían el recinto del cautivo, y por la noche se estrechaban las centinelas alrededor de Longwood. A las nueve ya no podía salir Napoleón; rondaban incansantes patrullas, y soldados de caballería é infantería apostados, á corta distancia unos de otros, en la llanura y en el bosque, guardaban todas las sendas que conducían al campo. Dos bergantines de guerra cruzaban constantemente en torno de la isla... ¡Cuántas precauciones para custodiar á un hombre solo en medio de los mares! Después de puesto el sol ninguna embarcación podía salir del puerto; contábase las barcas de los pescadores, y se las hacía permanecer toda la noche amarradas al muelle, bajo la responsabilidad de un oficial de marina. El soberano generalísimo, que había tenido á la Europa pendiente del estribo de su caballo, recibió la orden de comparecer dos veces al día ante un oficial subalterno; pero Bonaparte no quiso someterse á esta humillación, y cuando por casualidad no podía evitar las miradas del espía de servicio, este no hubiera acertado á decir dónde y cómo había visto al hombre, cuya ausencia era más difícil hacer constar al universo que en probarle su presencia.

Sir Georges Cockburn, autor y ejecutor de aquellas severas precauciones, fue relevado por sir Hudson Lowe. Desde entonces comenzó la serie de tormentos y de miserias que leemos en todas las *Memorias*, en todos los recuerdos de Santa Elena. Si hemos de creer á las primeras, el nuevo gobernador pertenecía á la familia de las enormes arañas de la isla, á la del más bajo reptil de aquellos bosques, en los cuales no se anida la serpiente. A la Inglaterra faltó elevación en su política, y á Napoleón dignidad en su desgracia. A fin de poner término á unas exigencias de etiqueta que herían su orgullo, parecía decidido á veces Bo-

naparte á ocultarse bajo el pseudónimo como un monarca en país extranjero, y aun imaginó tomar el nombre de uno de sus ayudantes de campo, muerto en la batalla de Arcola. La Francia, el Austria y la Rusia nombraron comisarios para la residencia de Santa Elena, cuyo cautivo estaba acostumbrado á recibir á los embajadores de las dos últimas potencias; pero la legitimidad, que nunca había reconocido á Napoleón como emperador, hubiera obrado con mas nobleza sino le hubiese reconocido tampoco como prisionero.

Se construyó en Londres una espaciosa casa, que fue transportada á Santa Elena, pero Napoleón, cuya salud no era buena, no pudo habitarla. Su vida en Longwood era la siguiente: se levantaba sin hora fija, y antes que lo efectuase, le leía en voz alta monseñor Marchand, su ayuda de cámara, alguno de sus autores favoritos: despues de levantarse dictaba á los generales Montholon y Gourgaud y al hijo del conde de las Casas. Almorzaba á las diez; se paseaba á caballo ó en carruaje hasta las tres, volvía á casa á las seis y se acostaba á las once. Afectaba vestirse del mismo modo que se advierte en el retrato de Isabeau, y por las mañanas se envolvía en su bata, cubriéndose la cabeza con un pañuelo de la India.

## VISITAS.

Santa Elena está situada entre los dos polos. Los navegantes que pasan de un lugar al otro saludan esta primera estacion, donde la tierra distrae las miradas fatigadas del espectáculo del Océano, y ofrece frutas y la frescura del agua dulce á bocas irritadas por la sal. La presencia de Bonaparte había trocado esta isla de promision en una roca apesada: los buques extranjeros ya no abordaban allí, y apenas los divisaban á veinte leguas de distancia, salía un crucero á reconocerlos, intimándoles pasasen de largo, y no se admitía á puerto, á menos de una tormenta, sino á los buques de la marina británica.

Algunos de los viajeros ingleses que venían de admirar, ó que iban á ver las maravillas del Ganges, visitaban en el camino otra maravilla. La India, acostumbrada á los conquistadores, tenía uno encadenado á sus puertas.

Napoleón admitía estas visitas con pena; pero consintió en recibir á lord Amherst á la vuelta de su embajada de China. El almirante sir Pultney-Malcolm le agradó, y le dijo un día:—«Tiene vuestro gobierno la intención de tenerme en esta roca hasta mi muerte?—El almirante respondió que así lo temía.—Entonces llegará pronto mi muerte.—Espero que no, caballero; pues vivireis bastante tiempo para escribir vuestras grandes acciones; y como estas son tan numerosas, la tarea os asegura una larga vida.»

No chocó á Bonaparte esta simple apelacion de caballero: en este momento se reconoció por su verdadera grandeza. Felizmente para él, no ha escrito su vida; pues lo hubiese hecho mal: los hombres de esa naturaleza deben dejar que cuente sus memorias esa voz desconocida que no pertenece á nadie, y que sale de los pueblos y de los siglos. Solo á nosotros, vulgo que somos, es permitido hablar de nosotros mismos, pues sin ello nadie hablaría.

El capitán Basil-Hall se presentó en Longwood, y acordándose Bonaparte de haber visto al padre del capitán en Brienne, le dijo:—«Vuestro padre era el primer inglés á quien había visto; y por eso he conservado su recuerdo toda mi vida.» En seguida conversó con el capitán sobre el reciente descubrimiento de la isla de Lon-Tchon, y el capitán le dijo:—«Los habitantes no tienen ninguna clase de armas.—¿Cómo? exclamó Bonaparte.—Ni cañones, ni fusiles.—¿Pero al menos tendrán lanzas, arcsos y flechas?—Nada de eso.—Ni puñales?—Ni puñales.—¿Pues cómo se ha-

ten?—Ellos ignoran todo lo que pasa en el mundo; no saben que la Francia y la Inglaterra existen, y jamás han oído hablar de V. M.» Bonaparte se sonrió de una manera que chocó al capitán: mientras mas serio es el rostro, es mas hermosa la sonrisa.

Estos diversos viajeros notaron que no se presentaba ninguna huella de color en el semblante de Bonaparte: su cabeza se parecía á su busto de mármol, cuya blancura hubiera amarilleado ligeramente por el tiempo. Ni la frente arrugada, ni las mejillas hundidas, su alma parecía tranquila, y esta calma aparente hizo creer que la llama de su genio había volado. Hablaba con lentitud, y su expresion era afectuosa y casi tierna, y algunas veces lanzaba miradas brillantísimas; pero tal estado pasaba pronto, y sus ojos se velaban y se ponían tristes.

¡Ah! Sobre estas riveras habían comparecido en otro tiempo viajeros conocidos de Napoleón.

Despues de la explosion de la máquina infernal, un senado-consulta de 5 de enero de 1801 pronunció sin juicio, por simple medida de policia, el destierro á ultramar de ciento treinta republicanos: embarcados en la fragata *Chiffonne* y en la corbeta *Fleche*, fueron conducidos á las islas Sechelles y dispersados poco despues en el archipiélago de los Comores, entre el Africa y Madagascar, donde murieron casi todos. Dos de los deportados, Lefranc y Sannois, que consiguieron fugarse en un buque americano, tocaron en 1803 en Santa Elena: aquí era donde doce años mas tarde debía encerrar la Providencia á su grande opresor.

El famoso general Rossignol, su compañero de infortunio, exclamó un cuarto de hora antes de su último suspiro:—«Muero martirizado por los mas horribles dolores; pero moriría contento si pudiese saber que el tirano de mi patria sufriría los mismos padecimientos.» De este modo llegaban hasta el otro hemisferio las imprecaciones de la libertad contra él.

MANZONI.—ENFERMEDAD DE BONAPARTE.—OSSIAN.—MEDITACIONES DE NAPOLEON Á VISTA DEL MAR.—PROVECTOS.—ÚLTIMA OCUPACION DE BONAPARTE.—SE ACUESTA Y NO SE LEVANTA.—DICTA SU TESTAMENTO.—SENTIMIENTOS RELIGIOSOS DE NAPOLEON.—EL LIMOSNERO VIGNALL.—NAPOLEON Y SU MÉDICO.—RECIBE LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS.—ESPIRA.

La Italia, arrancada á su largo sueño por Napoleón, volvió los ojos hácia el ilustre hijo que la quiso devolver á su gloria y con el cual volvió á caer bajo el yugo. Los hijos de las Musas, los mas agradecidos de los hombres, cuando no son los mas viles y los mas ingratos, miraban á Santa-Elena. El último poeta de la patria de Virgilio cantaba el último guerrero de la patria de César:

Tutto vi provo, la gloria  
Maggior dopo il periglio,  
La fuga e la vittoria  
La reggia e il triste esiglio:  
Due volte nella polvere,  
Due volte sugli altar.  
Ei si nomo; due secoli,  
L'un contro l'altro armato,  
Sommessi á lui si volsero,  
Come aspettando il fato:  
Ei fe silenzio ed arbitro  
S'assise in mezzo á lor.

Experimentó, dice Manzoni la mas alta gloria despues del peligro, la fuga, y el triunfo la monarquía y el triste destierro: dos veces se vió humillado en el polvo y dos veces puesto sobre un altar.

Pronunció su nombre: dos siglos armados el uno contra el otro se sometieron contemplándolo pendientes de su voluntad: impuso silencio y se sentó como árbitro en medio de ellos.

Bonaparte se acercaba á su fin; roído por una llaga interior, envenenada por las penas, y que también le había acompañado en medio de la prosperidad: esa era la única herencia que recibió de su padre: el resto le provenia de las munificencias de Dios.

Ya contaba seis años de destierro; menos había necesitado para conquistar la Europa. Casi siempre estaba encerrado, y leía á Ossian de la traduccion italiana de Cesarotti: todo le entristecía bajo un cielo donde la vida le parecía mas corta, durando el sol tres días menos en ese hemisferio que en el nuestro. Cuando Bonaparte salía, recorría los senderos escabrosos, rodeados de aloes y de árboles odoríferos, y se paseaba entre los bosquecillos de flores raras que los vientos generosos hacían inclinar hácia el mismo sitio en que él se ocultaba. Veíase sentado sobre las bases del *Pico de Diana del Flay Staff*, del *Leader Hill*, contemplando la mar por las brechas de las montañas. Ante él se extendía ese Océano que por una parte baña las costas de Africa, por otras las riberas americanas, y que va como un río sin orillas, á perderse en los mares australes. Ninguna tierra civilizada mas vecina que el cabo de las Tempestades. ¿Quién dirá los pensamientos de este Prometeo desgarrado vivo por la muerte, cuando, apoyada su mano sobre el dolorido pecho, paseaba sus miradas sobre las olas?

El Cristo fue transportado á la cima de una montaña, desde donde vió los reinos del mundo; mas para el Cristo estaba escrito al seductor del hombre: «Tú no tentarás al Hijo de Dios.»

Ovidando Bonaparte un pensamiento suyo, que ya he citado (*No habiéndome dado la vida, no me la quitaré jamás*); hablaba de matarse, y tampoco se acordaba de su *orden del día* con motivo del suicidio de uno de sus soldados. El esperaba bastante en la adhesion de sus compañeros de cautiverio para creer que consentirían en asfixiarse con él al vapor de un brasero: la ilusion era grande. Tal es la embriaguez de una larga dominacion; pero en las impaciencias de Napoleón no debe considerarse mas que el grado de sufrimientos á que había llegado. Habiendo escrito Mr. de las Casas á Luciano sobre un pedazo de seda blanca, en contravencion á los reglamentos, recibió la orden de salir de Santa-Elena; su ausencia aumentó el vacío enredador del destierro.

El 18 de mayo de 1817, lord Holland hizo una interpelacion en la cámara de los Pares con motivo de las quejas transmitidas á Inglaterra por el general Montholon, y dijo: «La posteridad no examinará si Napoleón ha sido justamente castigado de sus crímenes, sino si la Inglaterra ha mostrado la generosidad que convenia á una gran nacion.» Lord Bathurst combatió la mocion.

El cardenal Fesch despachó de Italia dos sacerdotes á su sobrino. La princesa Borghese solicitaba el favor de reunirse á su hermano.—«No, dijo Napoleón: yo no quiero que sea testigo de mi humillacion y de los insultos á que estoy expuesto.» Esta hermana amada, *germana Jovis*, no atravesó los mares, y murió en los lugares en que Bonaparte había dejado su fama.

Formáronse proyectos de raptó: un coronel, Lattapie, á la cabeza de una banda de aventureros americanos, meditaba un desembarco en Santa-Elena. Jhonston, atrevido contrabandista, intentó robar á Napoleón por medio de un buque submarino. Algunos lóres jóvenes entraban en estos proyectos y se conspiraba por romper las cadenas del opresor. Bonaparte esperaba su libertad de los movimientos políticos de la Europa, y á vivir hasta 1830, tal vez hubiera vuelto á reinar: ¿pero qué hubiera hecho entre nosotros? Habría parecido caduco y atrasado en medio de las nuevas ideas. Pero Bonaparte, debilitado, solo se ocupaba ya como un niño, divirtiéndose en cavar en su jardín un pequeño estanque, donde metió algunos

peces: habiendo alguna parte de cobre en el revestimiento del estanque, se murieron los peces, y dijo Bonaparte:—«Todo lo que se adhiere á mí es herido de muerte.»

A fines de febrero de 1821 Napoleón se vió obligado á meterse en cama para no levantarse mas.—«Bastante caído estoy, murmuraba; antes removía el mundo, y ahora no puedo levantar los párpados!» Bonaparte no creía en la medicina, y se oponía á una consulta de Antonarchi con médicos de Jamestown; mas sin embargo, admitió junto á su lecho de muerte al doctor Arnold. Del 13 al 23 de abril dictó su testamento, y el 28 ordenó se enviase su corazón á María Luisa, prohibiendo á todo cirujano inglés que pusiese manos sobre su cadáver. Persuadido de que sucumbía á la enfermedad de que muriera su padre, encargó entregasen al duque de Reichstadt el acta de la autopsia. Esta enseñanza paternal ha sido inútil, pues Napoleón II ha ido á unirse con Napoleón I.

En esta última hora se despertó el sentimiento religioso de que siempre estuvo penetrado Bonaparte. Thibandeu cuenta en sus *Memorias sobre el Consulado* que el primer cónsul le había dicho, con motivo del restablecimiento del culto:—«El domingo último, en medio del silencio de la naturaleza me paseaba yo en estos jardines (de Malmaison); el sonido de la campana de Rueil vino á herir de repente en mi oído, y renovó todas las impresiones de mi juventud: yo me conmoví en extremo, y dije:—«Si esto sucede en mí, ¿qué efecto no producirán semejantes recuerdos en hombres sencillos y crédulos? ¿Que vuestros filósofos respondan á esto!»..... Y levantando las manos al cielo, exclamó:—«¿Quién es el que ha hecho todo esto?»

En 1797 por proclama de Macerata, autoriza Bonaparte la residencia de los sacerdotes franceses refugiados en los Estados del papa, prohíbe se les inquiete, y manda á los conventos que los alimenten, asignándoles una pensión en dinero.

Sus variaciones en Egipto, sus cóleras contra la Iglesia, de quien era el restaurador, demuestran que un instinto de espiritualismo le dominaba, aun en medio de sus extravíos.

Dando á Vignali los detalles de la capilla mortuoria en que quería se colocasen sus despojos, creyó notar que su encargo desagradaba á Antonarchi, y explicándose con el doctor, le dijo:—«Vos estais por cima de estas debilidades; pero, ¿qué queréis? yo no soy ni filósofo ni médico. Yo creo en Dios, soy de la religion de mi padre, y no esateo quien quiere..... ¿Podeis no creer en Dios? Porque, en fin, todo proclama su existencia; y los mas grandes genios lo han creído... Sois médico... estas gentes no entienden mas que de la materia, y jamás creen en nada. Dejad de admirar á Napoleón, vosotros los titulados *espíritus fuertes* de esta época: nada tenéis que hacer con ese pobre hombre. ¿No llegó á figurarse que vendría un cometa á buscarle, como el que en otros tiempos creyeron que se había llevado á César? Además Napoleón creía en Dios; era de la religion de su padre: no era filósofo, ni ateo: no había declarado como vosotros guerra al Eterno á pesar de no ser pocos los reyes que había vencido en los campos de batalla; en su concepto no había cosa que no proclamara la existencia del ser Supremo declaraba que los mas sublimes talentos habían creído en la existencia de Dios y que por su parte no quería apartarse de la creencia de sus padres. Por último; cosa estupenda! aquel primer hombre de los tiempos modernos; este hombre de todos los siglos, era cristiano en el siglo XIX. Su testamento comienza por esta cláusula:

Muero en la religion apostólica y romana, en cuyo seno nací hace ya mas de cincuenta años.

En el párrafo tercero del testamento de Luis XVI se lee: